

Y trazándose estos planes en su espíritu, lúcido y turbado á la par, le asaltaban movimientos de delirio é instantes de amodorramiento y de sobresalto. Iba, venia, se sentaba, volvía á levantarse, miraba al techo, examinaba las coronas, contemplaba vagamente los geroglíficos del blason; palpaba el terciopelo de las paredes, movía las sillas, hojeaba los pergaminos, leía los nombres de sus posesiones, comparaba la cera de los sellos, se acercaba á la ventana, oía el murmullo de la fuente, examinaba las estatuas, contaba las columnas de mármol y decía:—Eso es.

Se tocaba su traje de satin y se preguntaba:

—Soy yo mismo? Sí; yo soy, se contestaba.

Le agitaba interna tempestad; ¿sentía en medio de ella desfallecimiento y fatiga? Bebia, comía, dormía? Si hizo algo de eso fué inconscientemente.

En las situaciones violentas los instintos se satisfacen como ellos quieren, sin intervencion ninguna del pensamiento. Por otra parte, su pensamiento solo era una humareda. En el momento en que el llamear negro de la erupcion sale del pozo lleno de torbellinos, ¿tiene conciencia el cráter de los ganados que pacen la yerba al pié de su montaña?

Las horas transcurrian y empezó á apuntar el alba y luego amaneció.

Un rayo de luz blanca penetró en la cámara y al mismo tiempo en el espíritu de Gwynplaine.

—Y Dea? le preguntó esa claridad.

LIBRO SEXTO

Aspectos variados de Ursus.

I.

Lo que dice el misántropo.

Después que Ursus vió desaparecer á Gwynplaine por la puerta de la cárcel de Southwark, permaneció contrariado en el recodo donde estaba en observacion, conservando mucho tiempo en el oído el chirrido de las cerraduras y de los cerrojos, que parecen ser los gritos de alegría de la prision al recibir á un desgraciado. Esperaba... qué esperaba? Espió... qué espía? Esas puertas inexorables, cuando se cierran, tardan en vol-

verse á abrir, quedan como paralizadas y son difíciles sus movimientos, sobre todo para libertar á álguien, y Ursus lo sabia. Cesar de esperar no depende de nuestra voluntad; esperamos muchas veces sin querer; nuestras acciones conservan una fuerza adquirida, que persiste hasta cuando ya no tiene objeto, y que nos obliga durante algun tiempo á continuar en el acecho inútil, en la postura inepta que adoptamos, segun la ocasion, en la pérdida del tiempo que hace maquinalmente el hombre que está aun á la espera de una cosa desaparecida. No se sabe por qué quedamos fijos en aquel sitio, pero permanecemos en él; lo que empezamos con actividad, lo continuamos pasivamente. Ursus, que era tan diferente de los demás hombres, en esto fué como todos los demás. Contemplaba por turno las dos murallas negras, ya la baja, ya la alta, ya la puerta que tenia encima la escala de horca, ya la puerta que ostentaba la cabeza de muerto, vagando su vista desde la prision al cementerio y vice-versa. La calle era tan escusada y tan impopular, que nadie transitaba por ella, y por lo tanto nadie veía á Ursus.

Al fin salió de su observatorio y se fué á pasos lentos, cuando la tarde ya moría; tanto tiempo estuvo en acecho. De vez en cuando volvía la cabeza para volver á mirar el postigo por el que habia pasado Gwynplaine; sus ojos estaban vidriosos y estúpidos. Llegó al fin de la callejuela, tomó otra calle y después otra, recordando vagamente el itinerario que pasó algunas horas antes, y poco á poco se acercaba al Tarrinzean-field. El camino inmediato al campo de la feria consistia en senderos desiertos entre las clausuras de los jardines. De pronto se paró, exclamando:

—Tanto mejor!

Al mismo tiempo se dió dos puñetazos en la cabeza y otros dos en las piernas, lo que indicaba al hombre que juzga los hechos como deben juzgarse. Después se engolfó en el siguiente monólogo:

—Bien hecho está! El bribon! ¡el ganapan! el bandido!... el sedicioso!... ¡Le encierran sus epigramas contra el gobierno!... Es un rebelde! Por fortuna me libro de él, que nos comprometia. ¡Si vá á presidio tanto mejor! Esa es la excelencia de las leyes. Ha sido ingrato conmigo, que le eduqué... ¿Qué necesidad tenia de ser maldiciente, ni de inmiscuirse en cuestiones de Estado? ¡Porque manejaba la moneda más infima, se des-

II.

Lo que hace Ursus.

Llegó á la posada Tadcaster á las seis y media, cuando estaba ya muy avanzado el crepúsculo. Maese Nicless le esperaba en el umbral de la puerta con la faz descompuesta y asustada desde la escena de la madrugada; desde que vió llegar á Ursus le preguntó:

—¿Qué hay?

—De qué?

—Vá á volver Gwynplaine? Ya es hora, en la que el público no tardará en venir. ¿Saldrá á la escena esta noche el *Hombre que ríe*?

—El hombre que ríe soy yo, contestó Ursus, y miró al tabernero riéndose.

Después subió al primer piso, abrió la ventana inmediata adonde estaba colocada la muestra, se inclinó, alargó la mano al cartel en que se anunciaba el *Hombre que ríe* y *El caos vencido*; descolgó el uno y arrancó el otro, y descendió con las dos tablillas bajo el brazo.

Nicless observó esta operacion y le preguntó:

—Por qué lo descolgais?

—Porque me retiro á la vida privada, contestó Ursus lanzando una carcajada.

Maese Nicless, al oír esto, mandó al muchacho Govicum que participase á los que acudiesen que aquella noche no habia representacion; quitó el puesto de la recaudacion y lo retiró á un rincon de la sala baja.

Un momento después Ursus subió á la Green-Box y entró en lo que él llamaba "el pabellon de las mujeres."

Dea dormía vestida, pero con el traje flojo, como cuando se duerme la siesta. Cerca de ella Vinos y Fibi estaban sentadas, una en un escabel y otra en el suelo, ambas pensativas.

A pesar de lo avanzado de la hora no estaban vestidas de diosas, lo que era signo de profundo desaliento.

Ursus contempló á Dea, murmurando entre dientes:

—Se prepara para un sueño más largo. Luego apostrofó á Fibi y á Vinos de este modo:

—Es menester que sepais vosotras que la música ha concluido, y que podeis alzar las trompetas en los cajones. Habeis hecho bien de no disfrazaros de diosas; aunque así estais muy feas, habeis hecho bien. No hay representacion esta noche, ni mañana, ni pasado mañana, ni el

barataba contra el impuesto, contra los pobres y contra el pueblo, contra lo que no le importaba, comentando malignamente el cobre de la moneda del reino! Insultó los liards de su majestad, y un farthing es lo mismo que la reina, es su efigie sagrada, vive Dios! ¿Tenemos reina ó no? Pues hay que respetarla y hay que sufrir su gobierno. Yo, que soy viejo, conozco que debe hacerse así. Me preguntarán si he renunciado á tener ideas políticas, pero yo contestaré que de eso no debo ocuparme. Un dia me pegó un bastonazo un baronnet y dije para mi capote: Con esto me basta; ya comprendo la política. El pueblo tiene un solo liard, lo dá; la reina lo toma, y el pueblo debe agradecerlo. Nada es más sencillo; lo demás queda para los lores, los lores espirituales y temporales. Si Gwynplaine está encerrado, si le condenan á presidio, será muy justo, porque es por culpa suya. Las bachillerías están prohibidas. ¿Acaso eres lord, imbécil? El wapentake le señaló, el justicier-quorum se lo llevó y el sheriff se ha apoderado de él: peor para él y mejor para mí; yo estoy contento. Confieso ingenuamente que tengo suerte. Fué una extravagancia mia el recoger aquel niño y aquella niña. ¡Estábamos antes tan tranquilos Homo y yo!... ¿Esos pilletes qué iban á buscar en mi choza? Les cobijé cuando eran polluelos, les arrastré en mi choza ambulante siendo él siniestramente feo y ella ciega; por ellos me privé de todo, los admití en el seno de mi intimidad, y ésta la termina la justicia. Ya estoy libre de él. Cuando ví entrar en la Green-Box al wapentake me quedé como una bestia, creyendo que no veía lo que veía, que aquello era imposible, que era la pesadilla de un sueño, pero era la realidad plástica. Gwynplaine está en la cárcel y esto es un castigo de la Providencia. Gracias, señora. Ese monstruo, con el ruido que movía, llamó la atencion hácia mi establecimiento y denunció al pobre lobo. Libre de Gwynplaine, me desembarazo de los dos, porque Dea se morirá. Cuando ella no vea ya á Gwynplaine—porque esa idiota ciega lo vé—no tendrá ya razon de ser y se preguntará:—¿Qué es lo que hago ya en el mundo? y se irá también. Buen viaje! Que se vayan los dos al infierno! Siempre los detesté. Dea, revienta! ¡Ah, qué contento estoy!...

otro, porque nos hemos quedado sin Gwynplaine.

Volviéndose á mirar á Dea, exclamó:

—Qué golpe vá á recibir!... Como una vela cuando se la sopla, hará: Fun!... y despues se apagará. Encontrarse sin Gwynplaine será para ella muy doloroso, como para mí el perder á Homo; no, esto será peor, porque esto los ciegos deben sentirlo más.

Despues se asomó á la ventana.

—Ya alargan los días; aun hay luz á las siete de la tarde; sin embargo, encendamos. Picó con el eslabon la piedra, hizo fuego y encendió la linterna que colgaba del techo de la Green-Box; despues se apeó del coche-teatro, gesticulando y entregándose de lleno á sus eternos monólogos:

—Ya estoy en plena posesion de mis facultades; estoy lúcido, archilúcido; encuentro correcto este acontecimiento y apruebo lo sucedido. Cuando Dea despierte, la referiré con claridad este incidente y la catástrofe no tardará en llegar. No volviendo á ver á Gwynplaine, buenas noches, Dea. Esto se arregla muy bien: Gwynplaine en la cárcel y Dea en el cementerio: van á estar uno frente del otro y pueden bailar la danza Macabra. Dos destinos que entran entre bastidores. Guardemos los trajes, cerremos la maleta, esto es, el ataúd. Eran imperfectas estas dos criaturas: Dea sin vista y Gwynplaine sin semblante humano. Allá arriba Dios dará claridad á los ojos de la ciega y belleza á la fealdad del mónstruo. La muerte restablece el orden.—Fibi y Vinos, colgad en clavos vuestros tamboriles; vá á enmohecerse vuestra habilidad para atraer al público y no tocáis las trompetas, ni representaremos ya *El caos vencido*; está vencido de veras; la farsa se ha convertido en realidad. *El hombre que ríe* ha desaparecido y Dea duerme eternamente. Hace bien. En su lugar yo no despertaría nunca. ¡Hé aquí á dónde conduce el ocuparse de política!... Los gobiernos tienen razon, y entregan á Gwynplaine al sheriff y á Dea al enterador. Este es el paralelo de simetría instructiva. Creo que el tabernero habrá atrancado bien la puerta para que esta noche muramos solos, en familia; Homo y yo no, pero Dea, sí. Yo pienso continuar haciendo rodar por donde me parezca mi coche-teatro, porque pertenezco á los Meandros de la vida vagabunda. Despediré á las dos mujeres; no conservaré á ninguna de las dos. Tengo ten-

dencias á ser un viejo disoluto, y una criada no está bien en casa de un libertino; no quiero que me asalte ninguna tentacion. Esto no es propio de mi edad. *Turpe senilis amor*. Continuaré mi camino con Homo, nada más: éste vá á asombrarse cuando se encuentre sin Gwynplaine y sin Dea. Dirá: El pícaro Gwynplaine nos ha abandonado y despues nos abandona tambien Dea, porque eso es lo que sucederá, que yo no daré ni un papirotazo en la nariz del diablo para impedir que reviente... ¡Ah, se despierta!...

Dea abrió los párpados, pues muchos ciegos cierran los ojos para dormir; su tierno rostro sonreía.

—¡Ella sonrie, murmuró para sí Ursus, y yo rio! Esto vá bien!

Dea llamó:

—Fibi! Vinos!... Debe ser la hora de la representacion; creo haber dormido mucho tiempo. Venid á vestirme.

Ni Fibi ni Vinos se movieron. La infame mirada de la ciega acababa de encontrarse con las pupilas de Ursus, y éste se estremeció.

—¿Qué haceis ahí, sin acudir al llamamiento de vuestra señora? Estais sorpresas. Vamos! ¡Que vá á empezar la representacion!

Las dos mujeres miraron á Ursus asombradas.

—No veis que entra ya el público? Fibi, viste á Dea. Vinos, toca el tambor, continuó vociferando Ursus.

Fibi era la personificacion de la obediencia y Vinos la de la pasividad; entre las dos completaban la sumision. Su señor Ursus fué siempre para ellas un enigma: no comprenderle jamás era motivo para obedecerle siempre; creyeron simplemente que se habia vuelto loco y ejecutaron sus órdenes. Fibi descolgó el traje de Dea y Vinos el tambor.

Fibi empezó á vestir á Dea. Ursus hizo bajar el portier del gineceo, y detrás de la cortina continuó hablando:

—Mira, Gwynplaine, ya llena el público más de la mitad del patio... tendremos tambien un lleno. ¿Dices que no lo creen Fibi ni Vinos? Esas mujeres son estúpidas. No levantes el portier, sé púdico, que Dea está vistiéndose.

Hizo una pausa, y de repente prorumpió en esta exclamacion:

—Qué hermosa es Dea!

Así exclamó Gwynplaine. Fibi y Vinos sintieronse como sacudidas, y volvieron la cabeza, oyendo la voz de Gwynplaine, pero que salia de la boca

de Ursus: éste les hizo una seña por el entreabierto portier, prohibiéndolas que se asombrasen, y dijo con la voz del saltimbanqui:

—Angel mio!

Despues replicó con su propia voz:

—Dea un ángel! Eres un loco, Gwynplaine; no hay más mamífero que vuele que el murciélago. Anda, Gwynplaine, y desata á Homo; esto será lo más razonable.

Bajó por la estribera de la Green-Box con la misma ligereza que lo hacia el saltimbanqui, de modo que lo oyese Dea.

Enteró al muchacho que estaba en el patio atento y curioso, diciéndole:

—Trae las dos manos, y puso en ellas un puñado de liards. Govicum quedó maravillado de esta munificencia. Ursus le dijo en voz baja y al oido:

—Muchacho, instálate en el corral; baila, salta, grita, riéte á carcajadas; haz mucho ruido, rompe lo que te parezca; en fin, mueve mucha algazara.

Maese Nicless, contrariado y despechado de ver que el público que acudia á presenciar las representaciones de *El caos vencido* deshacia el camino andado y se marchaba á los otros barracones del campo de la feria, habia cerrado la puerta de la posada; hasta habia renunciado á que entrase en la taberna á beber esa noche, con la idea de evitar enojosas preguntas, y con el disgusto de faltar la representacion, miraba al patio, desde lo alto del balcon, con la vela en la mano. Ursus, con la precaucion de que no saliese su voz entre paréntesis de las dos palmas de sus manos, puestas á un lado y al otro de la boca, le dijo:

—Gentleman, haced como vuestro criado; alborotad, reid, gritad y romped.

Despues que así habló Ursus, volvió á subir á la Green-Box y le dijo al lobo:

—Habla todo lo que puedas. Luego, en voz alta, gritó:

—Hay muchísima gente. Vamos á tener esta noche una de las mejores representaciones.

Vinos continuaba golpeando al tambor.

Ursus prosiguió en voz alta:

—Dea está vestida y ya podemos empezar. Siento que hayan dejado entrar tanto público; ¡la gente está amontonada!... Gwynplaine, me parece que vamos á recaudar mucho dinero. Vamos, perezosas, venga la música. Fibi, toca la trompeta, y tú, Vinos, el tambor. No estais bastante desnudas; quitaos

esas chaquetillas y poneos gasas. Al público le gusta ver las formas de la mujer: no os importe que truenen contra esto los moralistas. Sed voluptuosas. ¡Gwynplaine, mira qué lleno está el patio!... Ayúdame! Bajemos el pannean.

Diciendo esto lo bajó.

—Es inútil separar el telon hasta que empiece la representacion, porque ya no estaríamos en nuestra casa. Venid las dos al proscenio.

Las dos gitanas obedecieron y se instalaron con los instrumentos en los sitios de costumbre.

Entonces Ursus fué verdaderamente extraordinario; ya no era un hombre, era una multitud. Queriendo con el vacío imitar el lleno, llamó en su auxilio á la ventriloquia prodigiosa. La orquesta de voces humanas y bestiales que sabia imitar se agitó en él á la vez, formando una legion. El que lo oyese cerrando los ojos, se hubiese creido que estaba en una plaza pública en un dia de fiesta ó en un dia de revolucion. En el patio, enteramente vacío, se oían voces de hombres, de mujeres y de niños, y la confusion de la gritería; al través de ese murmullo serpenteaban cacofonías extrañas, como gritos de aves, maullidos de gatos y vagidos de niños de teta; oíanse las voces roncas de los embriagados y los gruñidos de perros que la multitud pisa. Las voces salian de lejos y de cerca, de arriba, de abajo, del primer plano y del último; el conjunto era un rumor y el detalle un grito. Ursus daba puñetazos, pateaba, lanzaba su voz desde el fondo del patio y la hacia salir desde bajo de tierra. Pasaba del ruido al tumulto y del tumulto al huracán. No hay nada tan maravilloso como este facsímile de la multitud; de vez en cuando separaba el portier del gineceo y miraba á Dea; ésta estaba escuchando.

El muchacho hacia en el patio lo mismo que Ursus.

Vinos y Fibi soplaban con conciencia las trompetas y tocaban los tamboriles. Maese Nicless, espectador único, como ellas se explicaba tranquilamente que Ursus estaba loco, lo que solo era un detalle de su melancolia. El bravo hostelero murmuraba:—¡Esto es un desorden!... Y tenia fruncido el rostro, como acordándose de que existen leyes.

Govicum, contento de que le utilizasen para contribuir á este desorden, se entusiasmaba tanto como Ursus y esto le divertia, además de que le producía ganancias. Homo estaba pensativo.

En medio de su extrépito, Ursus continuaba por intervalos sus monólogos:

—Como siempre, Gwynplaine, inventan cábalas contra nosotros; nuestros rivales tratan de minar nuestros éxitos; pero los silbidos sazonan los triunfos. Además, hay demasiada gente y están con mucha incomodidad, lo que no predispone á la benevolencia. ¡Con tal de que no rompan los asientos!... Vamos á ser víctimas del populacho insensato... ¡Si estuviese aquí nuestro amigo Tom-Jim-Jack! Pero ya no viene... Abreviaremos el espectáculo. Como solo hemos anunciado *El caos vencido*, no representaremos esta noche *Ursus Rursus*, y este trabajo menos. ¡Qué laberinto mueve la muchedumbre!... ¡No van á dejar oír ni una sola palabra de la pieza! Voy á peyorarlos. Gwynplaine, levanta el telon. Ciudadanos!...

Al llegar aquí, Ursus se gritó á sí mismo con acento febril y terco:

—Abajo el viejo!...

Recobrando su voz, continuó de este modo:

—Creo que el pueblo me insulta. Ciudadanos tiene razon: *Plebs, fex urbis*; ¡pero no importa! Será difícil que puedan entenderme; sin embargo, probaré. Las mujeres son peores que los hombres; este momento no es propicio para decir esto, pero es igual; nunca es tarde para ser discretos. Oye, Gwynplaine, mi insinuante exordio. Ciudadanos y ciudadanas, yo soy un oso y voy á hablarlos. Humildemente reclamo silencio.

—Grumphll, exclamó el público por boca de Ursus; éste continuó:

—Respeto al auditorio, porque yo ya sé que Grumphll es un epifonema como otro cualquiera. Salud, pueblo bullidor; no dudo que eres un canalla, pero no por eso dejo de estimarte: te estimo por reflexion. Soy un sábio, pero me escuso de serlo como puedo, porque yo desprecio científicamente la ciencia. La ignorancia es una realidad que nos alimenta, y la ciencia es una realidad que nos hace ayunar. Por regla general nos vemos obligados á escoger entre ser sábios y enflaquecer, ó ser asnos y engordar. Ciudadanos, engordad, que la ciencia no vale tanto como un bocado exquisito. Yo solo poseo un mérito verdadero, y consiste en tener siempre secos los ojos; aquí donde me veis, no he llorado nunca; pero es preciso añadir que tampoco estuve contento jamás, ni aun de mí mismo: sé despreciarme. Pero si

Ursus es nada más que un sábio, Gwynplaine es un artista.

—Grumphll! volvió el sábio á hacer gritar al público.

—Otra vez Grumphll! si es una objecion, que lo sea; yo paso adelante. Después de Gwynplaine, y cerca de él, tenemos otro artista, y es el personaje distinguido y velludo que nos acompaña, el señor Homo, antiguo perro salvaje y hoy lobo civilizado y fiel vasallo de su majestad. Homo posee talento superior. Estad atentos y os convencereis. Vais á ver representar á Homo y á Gwynplaine, que honran al arte, lo que es propio de las grandes naciones. Dos artistas valen tanto como un cónsul.—Está bien. Eso no evitará que continúe hablando: al contrario. Los charlatanes esquivan el peligro: *Garrula pericula*, como dice Juvenal. Permitidme que os lo diga: careceis de la majestad del verdadero gentil-hombre inglés. Os manifiesto que los que entre vosotros llevan los zapatos rotos y sacan fuera de ellos los pulgares, se aprovechan de esta circunstancia para descansar los piés en las espaldas de los espectadores colocados delante de ellos, lo que expone á las damas á fijarse en que las suelas se revientan siempre donde está la cabeza del hueso metatarsio; enseñad menos los piés y más las manos. Desde aquí distingo á fulleros que hunden ingeniosamente sus garras en los bolsillos de sus vecinos imbéciles. Boxad al prógimo, pero no le desbaliéis; incomodareis menos á las gentes estropeándolas un ojo que arrancándoles un liard. Los hijos del pueblo aprecian más el dinero que la belleza. Por eso no dejais de inspirarme simpatía: no soy tan pedante que vaya á vituperar á los rateros. El mal existe, y todos lo proporcionamos y lo sufrimos. Nadie está libre del gusano de sus pecados; yo mismo he cometido muchas faltas. ¡*Flaudites cives!*

Ursus abandonó la entonacion oratoria por el acento íntimo, y dijo:

—Deja caer el telon, que necesito respirar; pero esto será solo un momento, porque el público espera y se impacientará si tardamos en comenzar la representacion de la pieza.

Después de una breve pausa se oyeron resbalar por la varilla los anillos del telon y dejaron de sonar el tamboril y las trompetas. A poco comenzó la representacion del *Caos vencido*, como otras noches, y sin los efectos de luz. El lobo

desempeñaba su papel de buena fé. En el momento preciso apareció Dea, y con su voz temblorosa y divina evocó á Gwynplaine. Extendió el brazo, buscando la cabeza de su amado...

Ursus se puso una peluca, la erizó y avanzó lentamente hasta Dea conteniendo el aliento, y con todo el arte de que era capaz, copió la voz de Gwynplaine y cantó con inefable amor la contestacion del monstruo á la evocacion del espíritu: le imitó con tal perfeccion, que las dos gitanas buscaban con la vista á Gwynplaine, asombradas de oírle sin verle.

Govicum, maravillado, pateó, aplaudió, silbó y produjo extrépito olímpico, riendo él solo de tal manera que parecia que se reian una multitud de dioses.

Fibi y Vinos, autómatas que se movian cuando Ursus les tocaba el resorte, acompañaron con sus instrumentos, marcando el final de la representacion y el principio de la salida del público.

Ursus sudaba y dijo á Homo en voz baja:

—Ya comprendes que esto solo ha sido para ganar tiempo; creo que lo hemos conseguido. Saqué todo el partido posible. Gwynplaine puede volver de aquí á mañana. Era inútil matar en seguida á Dea. A tí solo te explico este misterio.

Se quitó la peluca y se enjugó la frente.

—Soy un ventrílocuo de génio. Tengo mucho talento. Puedo rivalizar con Brabant, el ventrílocuo del rey de Francia Francisco I. Dea ha quedado convencida de que Gwynplaine está aquí.

—Ursus, preguntó en este momento Dea, dónde está Gwynplaine?

Ursus volvió la cabeza sobresaltado. Dea permanecía en el fondo del teatro, de pié debajo de la linterna que pendia del techo. Estaba densamente pálida. Con inefable sonrisa de desesperacion repuso:

—Ya sé que nos ha abandonado. Partió. Bien conocia yo que tenia alas.

Elevando los ojos hácia el infinito, añadió:

—Cuándo iré yo?...

III.

Complicaciones.

Ursus quedó estupefacto; no causó la ilusión que creia haber producido. No era culpa de la ventríloquia, porque consiguió por medio de ella engañar á Fibi y Vinos, que tenian vista, pero no á

Dea, que era ciega; pero era porque Vinos y Fibi veian con los ojos y Dea veia con el corazon.

Ursus quedó tan asombrado, que no pudo pronunciar ni una sola palabra. En las emociones complejas, la humillacion es el primer sentimiento que se despierta. Ursus exclamó:

—He derrochado mis onomatopeyas. Agoté en vano la armonia imitativa. Qué vá á ser ahora de nosotros?

Miró á Dea, que callaba y que cada momento palidecia más y estaba inmóvil, con los ojos fijos en el suelo.

Un incidente vino á sacarle de su embarazosa situacion.

Desde el corral, maese Nicless, con la vela en la mano, le hacia señas para que bajase. El posadero no vió el final de la comedia fantástica que representó Ursus, porque oyó llamar á la puerta de la posada y fué á abrir. Llamaron dos veces á la indicada puerta y tuvo maese Nicless que eclipsarse dos veces, pero de ello no se apercebó Ursus, ocupado en desempeñar muchos papeles á un tiempo.

Cuando éste se apercebó de que el hostelero le llamaba, descendió hasta él, que le esperaba en el corral. Ursus se puso un dedo en la boca, como indicando silencio; maese Nicless le imitó, y haciendo ese mismo ademán se miraron los dos. Cada uno parecia querer indicar al otro: Hablemos, pero guardando silencio.

El tabernero abrió la puerta de la sala baja de la posada y entró en ella; Ursus le siguió; en seguida el tabernero cerró la puerta casi en las narices del curioso Govicum, que les espiaba. Quedaron, pues, solos y cerrados en la taberna, entablado en voz baja un diálogo semejante á un cuchicheo.

—Maese Ursus...

—Maese Nicless?...

—Concluí por comprenderlo todo.

—Ah!...

—Habeis querido hacer creer á la pobre ciega que *El caos vencido* se ha representado como todas las noches y por los mismos actores.

—Ninguna ley me prohíbe ser ventríloquo.

—Teneis mucho talento.

—No...

—Es prodigioso lo que haceis.

—Os digo que no.

—Tengo que hablaros ahora.

—De política?

—No lo sé.

—Pues si es de política, os advierto que no os oiré.

—Mientras vos imitábais la representación de una farsa y al público, llamaron á la puerta de la taberna.

—Llamaron?

—Sí.

—Eso me desagrada.

—Y á mí.

—Y qué más?

—Llamaron y abrí.

—Quién era el que llamaba?

—Un sugeto que me habló.

—Y qué os dijo?

—Nada de particular.

—Qué le respondísteis?

—Nada... Volví á veros representar.

—Pero...

—Despues llamaron otra vez.

—Quién? el mismo sugeto?

—No... era otro.

—Tambien os habló?

—Ese no.

—Pues eso es preferible.

—Para mí no.

—Explicaos, maese Nicless.

—Adivinad quién me habló la primera vez.

—No tengo tiempo para ser otro Edipo.

—Era el dueño del circo.

—Del circo que está á nuestro lado?

—Sí, de ese.

—Donde suena una música rabiosa?

—Sí, sí.

—Y qué os dijo?

—Pues, maese Ursus, ha venido á hacerme proposiciones.

—Proposiciones?

—Sí, proposiciones.

—Por qué?

—Porque quiso.

—Teneis sobre mí la ventaja, maese Nicless, de que en seguida descifrásteis mi enigma, mientras que yo, hasta ahora, no puedo descifrar el vuestro.

—El dueño del circo me encargó que os dijese que vió pasar esta mañana una ronda de policía, y que deseando probáros que es amigo vuestro, os propone compraros por cincuenta libras esterlinas, pagadas al contado, la Green-Box, con los dos caballos, las trompetas y las mujeres que las tocan, *El caos vencido* y la ciega que trabaja en él, al lobo y á vos tambien.

Ursus contestó, sonriendo con altivez: —Dueño de la posada Tadcaster, di- reis de mi parte al dueño del circo que Gwynplaine vá á volver.

El tabernero cogió de encima de una

silla varios objetos que la oscuridad ocultaba, y volviéndose hácia Ursus con los brazos en alto, le enseñó pendiente de una mano una capa, y de la otra una esclavina de cuero, un sombrero de fieltro y un capisayo.

Maese Nicless le dijo:

—El hombre que llamó á la puerta de la taberna la segunda vez, y que pertenecía á la policía, que entró y salió sin pronunciar una palabra, trajo todo esto.

Ursus reconoció en el acto la esclavina, capisayo, el sombrero y la capa de Gwynplaine.

IV.

Mænibus surdis campana Muta.

Ursus palpó el fieltro del sombrero, el paño de la capa, la sarga del capisayo, el cuero de la esclavina, cerciorándose de quién eran estos despojos, y haciendo una señal breve é imperativa, sin decir palabra, indicó á maese Nicless la puerta de la taberna.

Maese Nicless la abrió. Ursus se precipitó fuera de ella.

El posadero le siguió con la vista y vió que corria cuanto le permitian sus piernas en la misma direccion que tomó por la mañana el wapentake cuando se llevó á Gwynplaine. Un cuarto de hora despues, Ursus, sin aliento, llegaba á la callejuela de la puerta trasera de la cárcel de Southwark y al punto en que pasó tantas horas observando.

No era preciso que fuese media noche para que esta callejuela estuviese desierta: era triste de día, pero peligrosa de noche, y nadie se atrevia á pasar por allí á ciertas horas. Por instinto el pueblo de Southwark evitaba el transitar por esta callejuela, que tenia frente á frente la prision y el cementerio. En tiempos anteriores la cerraban por la noche con una cadena de hierro, precaucion inútil, porque la mejor cadena para cerrar el paso de esta calle era el miedo que inspiraba.

Ursus entró en ella resueltamente; con qué idea? Acaso él mismo no lo sabia. Iba allí para informarse, pero ¿habia de llamar á la puerta de la cárcel? Ciertamente que no. Este espantoso expediente no germinaba en su cerebro. Introducirse allí para hacer averiguaciones seria una locura. Las prisiones no se abren para el que quiere entrar ni para el que quiere salir; sus gonces solo los hace girar la ley; esto lo sabia Ur-

sus. ¿Qué iba á hacer, pues, en la callejuela? Ver. Pero ver qué? Nada... él mismo no lo sabia... lo posible. Algo era ya encontrarse enfrente del postigo dentro del que desapareció Gwynplaine.

Algunas veces las paredes más espesas hablan y salta alguna luz de las piedras; vago sudor de claridad traspira á veces de un amontonamiento cerrado y sombrío. Examinar la envoltura de un hecho puede ser útil al espionaje, porque poseemos el instinto de dejar entre el hecho que nos interesa y nosotros mismos el menor espesor posible.

En el momento en que Ursus se interesaba en la callejuela oyó dar una campanada, y á poco rato otra.

—¿Anunciarán sin duda que es la media noche?

Maquinalmente se puso á contar:

—Tres, cuatro, cinco...—¡Esa campana dá los toques con mucha lentitud y muy separados!...—Seis, siete...—¡Qué sonido tan lúgubre!...—Ocho, nueve...—¡Entristece al reloj estar encerrado en la prision!...—Diez...—¡Como el cementerio está ahí!... Esa campana anuncia la hora á los vivos y la eternidad á los muertos.—Once, doce.—Sí; lo que dije.

Ursus calló, pero la campana sonó otra vez. Ursus se estremeció:

—Trece!!!

Las campanadas continuaron con largos intervalos; Ursus, que las oia con ansiedad, exclamó:

—Eso qué significará? porque lo que oigo no es la campana de un reloj, es la campana Muta, que no toca, sino que tañe, y debe suceder algo siniestro.

Las prisiones antiguas, como los monasterios, tenian una campana llamada *Muta*, que reservaban para los motivos melancólicos; era la Muta (Muda) una campana que tañia muy bajo, como si evitase en lo posible el ser oida.

Ursus se colocó en la esquina del acecho, desde la que espió la prision durante gran parte del día. Los tañidos se sucedian á lúgubre distancia unos de otros; Ursus los contaba confusamente y sin saber por qué, mirando, á pesar de la oscuridad, hácia la parte donde sabia que estaba la puerta de la prision.

De repente en esa parte, que formaba una especie de agujero negro, apareció algo rójizo que se convirtió en resplandor, pero no vago, sino fijo, y que en seguida adquirió forma y ángulos. La puerta de la cárcel giró sobre sus gonces y ese resplandor dibujó el arco de la bóveda con sus adornos. La puerta del pos-

tigo dió paso á un hombre que llevaba en la mano una antorcha.

Continuaba el toque de la campana, y Ursus, al mismo tiempo que aplicaba el oido á ésta, aplicaba los ojos á la antorcha.

Despues que salió por el postigo el hombre susodicho, la puerta se abrió de par en par y por ella salieron dos hombres, y despues otro; este otro, el cuarto, era el wapentake, que llevaba en la mano el baston de hierro, como pudo ver Ursus á la luz de la antorcha.

Detrás del wapentake desfilaron, ordenadamente de dos en dos, saliendo de la misma parte y con la rigidez de postes ambulantes, varios hombres silenciosos. El cortejo nocturno franqueaba la puerta apareado como una procesion de penitentes, sin solucion de continuidad, gravemente y procurando no producir ruido. Las serpientes, al salir de sus agujeros, toman esta precaucion. La antorcha hacia resaltar sus perfiles y sus actitudes, perfiles feroces y actitudes sombrías.

Ursus reconoció las fisonomías de los agentes de policía que aquella mañana se llevaron á Gwynplaine; sin duda alguna eran los mismos que reaparecian ante sus ojos. Metieron en la cárcel á Gwynplaine; pues era evidente para él que ahora le sacaban: las pupilas de Ursus estaban clavadas en aquellos hombres.

La doble fila de agentes de policía fluia lentamente de la bóveda baja como gota á gota. Los toques intermitentes de la campana parecian marcarles el paso. El cortejo, á medida que salia de la prision, daba la espalda á Ursus, y volvía hácia la derecha por la parte de la callejuela opuesta á la en que él se apostaba.

La segunda antorcha brilló en la puerta de la cárcel, pareciendo anunciar la terminacion del cortejo; Ursus iba á ver pronto al que acompañaban, al hombre, al prisionero, á Gwynplaine.

Por fin, lo que acompañaban apareció; era un ataúd. Cuatro hombres lo llevaban tapado con un paño negro. Detrás de ellos iba otro hombre con una pala al hombro, y cerraba el cortejo un personaje que leia un libro, que debia ser capellan, y que sostenia una antorcha encendida.

El ataúd formó á continuacion de los agentes de policía, que daban la vuelta hácia la derecha. Ursus oyó el chirrido de una llave que abre. Frente á la pri-